

bre ella, como besos alados, las evocaciones de los murcianos ausentes. Todo, más allá y más arriba de cualesquiera divagaciones sobre la evolución de los estilos artísticos.

EL TERCER EJEMPLO ES SALZILLO

Penetremos ahora en el tercero y último de los ejemplos que traigo para mostrar a Murcia genuinamente española dentro de la variedad de España. Vamos a representarnos por un momento aquella figura selvática de un hombre áspero como los riscos de Palestina, por donde iba trepando, curtido por soles y vientos, hispida la pelambre del cabello y de la barba, refulgentes los ojos y con una zamarra por todo indumento. Están los pastores aparentando sus rebaños, y de pronto, como un fantasma, surge este hombre misterioso y lanza unas exclamaciones imperativas. Se curva sobre la tierra el labrador preparando unas labores de la huerta, y sin haber advertido su llegada, siente que el hombre está allí y le deja caer al oído la exhortación enérgica, cruda, flagelante. Baja el hombre a Betania, donde se juntan las muchedumbres en el mercado o penetran en la sinagoga, y también los alcanza y los suspende, y reitera con su voz profética, de hondas y viriles tremulaciones, aquellas palabras de Isaías: «Enderezad los caminos del Señor».

Este salvaje que exhorta con ascético mandato a la penitencia, que sólo parece haber nacido para dar grandes voces en el desierto y desvanecerse luego, es el prototipo de la hispididad, de la hosquedad, de una especie de brutalidad que nos atemoriza y nos enoja a los que andamos abstraídos por los negocios del mundo.

Ahora me vais a permitir que os lleve de la mano a una iglesia de nuestra ciudad, bello ejemplo de armonía neoclásica desde su portada sobria y tranquila hasta el suntuoso templete de jaspes del altar mayor. Allí, circundada por la columnata, se yer-

